



# DISCURSO DE GRADUACIONES

---

Prof. Dr. P. Enrique Sanz Gimenez-Rico, SJ.  
Rector

Acto de Graduación de los Cursos  
**2019/2020 - 2020/2021**



# DISCURSO DE GRADUACIONES

---

Prof. Dr. P. Enrique Sanz Gimenez-Rico, SJ.  
Rector





*Queridos graduados, querido padrino, queridos familiares, dignísimas autoridades, profesores y PAS, señoras y señores,*

Felicidades y ánimo y afecto son las primeras palabras que quiero pronunciar en este especial acto de graduación del año 2021, en que expresamos un especial reconocimiento a los alumnos que han concluido sus estudios de grado o master en los cursos 19-20 y 20-21. Un acto que ciertamente nos habría gustado celebrar en nuestra propia casa, que es la vuestra, con un número mayor de familiares y amigos y en mejores condiciones. Creo, sin embargo, que la emoción e ilusión que a todos nos unen e invaden las están cubriendo y superando sobremanera.

Felicidades, porque habéis llegado a la meta después de un recorrido particularmente difícil, marcado por la Covid-19 y sus efectos, que tanta huella han dejado en todos los presentes y en las personas de nuestro mundo. Felicidades porque habéis sabido vivir con ilusión, alegría, generosidad, responsabilidad, preocupación, dolor y solidaridad tanto los días y meses previos a la pandemia como los que comenzaron a brillar a partir de marzo de 2020. Así lo testimonia tanto vuestra comunicación personal de los últimos meses como la que están expresando en nombre de todos vosotros quienes pronuncian en estos días los discursos de vuestros actos de graduación.

Ánimo y afecto a todos los que han sido alcanzados por la enfermedad de estos últimos y largos meses; a los cercanos a los que hoy recibís vuestra merecida beca y a todas las personas golpeadas por el coronavirus. En estos últimos 15 meses de nuestra vida hemos leído, visto y escuchado libros, artículos, blogs, videos, programas, canciones sobre la enfermedad. Hace poco aparecía un artículo del P. José María Rodríguez Olaizola SJ (“¿Una lección de humildad”, *Sal Terrae* 2021, 295-306), padrino de una de nue-

stras promociones de alumnos en el curso 18-19, que intentaba transmitirnos ánimo y afecto en este tiempo tan convulso. En él afirmaba que la Covid-19 nos ha ayudado a descubrir la inseguridad, la comunidad, la fragilidad, el valor de lo cotidiano, la finitud, el largo plazo y el afecto cotidiano. La inseguridad no significa que no podamos hacer nada; sí que no podemos hacerlo todo; la comunidad nos recuerda nuestra interdependencia y reciprocidad, y nuestra preocupación por el bien común; la fragilidad o vulnerabilidad no es un problema humano, sí lo es su contrario, es decir, el creerse invulnerables; el valor de lo cotidiano cotiza de nuevo en las bolsas de nuestra vida y nos abre a vivir la tan humana dimensión de la gratitud; la finitud nos permite valorar el tiempo de que disponemos y nos obliga a elegir; el largo plazo nos abre a tener una mayor y mejor conciencia del sentido del tiempo, de la posibilidad de aplazar o posponer planes, de trabajar a largo plazo; por último, el afecto cotidiano es una dimensión decisiva en nuestras vidas, pues los abrazos y los besos son la mejor expresión de que hemos nacido para amar y solo si amamos y nos amamos de manera recíproca podremos alcanzar nuestra plenitud.

Concluyo esta explícita mención a la pandemia, animándoos a que os descarguéis Sperantia.App, una app desarrollada por profesores de Comillas, destinada a las personas que están experimentando malestar físico y emocional en estos últimos y largos meses; una app que ofrece orientaciones psicológicas personalizadas y ajustadas al perfil psicológico del usuario de forma inmediata, gratuita y segura.

La Compañía de Jesús, los jesuitas, celebramos desde el pasado 20 de mayo el V centenario de la conversión de nuestro fundador, San Ignacio de Loyola. Desde ese día hasta el 31 de julio de 2022

muchas personas vamos a conmemorar en diversos lugares de los cinco continentes un acontecimiento que marcó profundamente la vida de San Ignacio, cuyas consecuencias todavía resuenan hoy en muchos de nosotros: alumnos y Alumni, profesores y personal de nuestros centros de enseñanza, miembros de comunidades o grupos que cultivan la espiritualidad ignaciana, personas que conforman y trabajan en organizaciones con orientación y fines tanto pastorales como sociales y caritativos, escritores y artistas. Permittedme que sea precisamente la conversión de San Ignacio, con toda la potencia que ella encierra, la referencia de las palabras que comparto con vosotros en esta ocasión tan importante para los que hoy recibís vuestra beca de Comillas, para vuestras familias, vuestros amigos, y para todos los que os acompañamos desde distintos y diversos lugares.

Probablemente cuando tenía 30 años Ignacio de Loyola cayó gravemente herido defendiendo el castillo de Pamplona frente a las tropas francesas. Corría el año 1521 y, tras el aparatoso accidente, Ignacio regresa a su casa natal de Loyola, para reponerse de tan desagradable infortunio. Desde entonces y hasta el final de su vida, cuando ya asentado en Roma gobernaba la naciente Compañía de Jesús, Ignacio experimenta una profunda, larga y transformadora conversión, que incluye diversas dimensiones, tres de las cuales paso a presentar a continuación.

La primera y quizás la más conocida os es familiar, pues seguro que, a lo largo de vuestros años en Comillas, queridos egresados, nos habéis oído hablar en alguna ocasión del discernimiento y de su importancia para elegir bien en la vida.

San Ignacio de Loyola concibe al ser humano como una estructura abierta en la que actúan energías externas a él mismo: las mociones o pensamientos, fruto de la razón, la fantasía o la ima-

ginación. Esas mociones que vienen de fuera actúan con fuerza en la persona, tanto en su mundo racional como en el afectivo, moviéndola en dirección al bien o al mal. Son precisamente esas mociones las que han de ser distinguidas, discernidas, por ser las que conducen nuestra conducta. Porque pueden ser, según el santo de Loyola,

- a) buenas, que provocan ánimo y consuelo, dinamizan nuestro amor, nos dirigen hacia el bien y nos unen a Dios y a los demás, y
- b) malas, que conviene lanzar o rechazar, pues provocan inquietud y tristeza, nos orientan hacia el mal y nos separan de Dios y de los demás.

Ahora bien, y esto es sumamente importante, san Ignacio afirma que el discernimiento se realiza completamente si nos acercamos a los posos que dejan en nosotros los pensamientos o mociones mencionados. Por eso, importante y necesario es entender el discernimiento no como un momento puntual, sino como un proceso lento, personal y pasivo, en el que poder distinguir, conocer y caracterizar, por una parte, las mociones que se producen en el interior de la persona; y, por otra, los posos posteriores que quedan en ella. De ahí que el discernimiento necesita buenas dosis de prudencia, buen juicio y entendimiento y capacidad de consejo. En conclusión, el paso de los años fue abriendo la mente del fundador de los jesuitas para entender que no solo es el yo y lo que en él se da el criterio para comprender la vida y tomar las mejores decisiones en ella, sino que hay que contar con alguien más que conmigo mismo para vivir y llegar a la meta que quiero alcanzar.



Desde un punto de vista cronológico, antes de que se diera esta primera dimensión de la conversión de san Ignacio se dio una segunda: su pregunta por el sentido de la vida. En 1498 Juan Velázquez de Cuéllar fue nombrado contador mayor de la reina Isabel. En 1505 recibió la alcaldía de Arévalo, fecha en la que fue enviado Ignacio a su casa, entrando así el de Loyola en la contaduría real. Se trata de una entrada en un nuevo mundo, el de la compleja administración, el de la modernidad, que tantas puertas le podía haber abierto al fundador de la Compañía de Jesús. La vida, sin embargo, le puso delante de un importante fracaso: Velázquez de Cuéllar fue expulsado de Arévalo e Ignacio tuvo que hacer las maletas, abandonar esa villa castellana y poner rumbo a Nájera. Es precisamente el fracaso que experimenta Ignacio el que le hace preguntarse por el valor y el sentido de la vida, el que le hace plantearse estas importantes cuestiones: ¿qué es vivir?, ¿cómo conviene vivir?, ¿para qué y para quién debo vivir?

La conversión de Ignacio presenta, por último, una tercera dimensión: el paso del yo al nosotros. A lo largo de más de 10 años el fundador de la Compañía de Jesús pasó por Jerusalén, Venecia, Barcelona, Alcalá de Henares, Valladolid, Salamanca y París. Parece que Ignacio llega a la ciudad del Sena en febrero de 1528, y permanece allí durante siete largos años dedicando mucha parte de su tiempo al estudio. Lo hace en el convento de los dominicos, en el de los franciscanos, en el colegio de Monteagudo, donde habían estudiado anteriormente Erasmo de Rotterdam y Calvino, en el colegio de Santa Bárbara.

Es precisamente en este último colegio donde conoce a dos estudiantes más jóvenes que él, el saboyano Pedro Fabro y el navarro Francisco Javier. Con ellos y con otros más comienza a configurar un grupo de amigos que son el núcleo de lo que hoy es la Com-

pañía de Jesús. Hasta entonces, Ignacio entendía que el sentido de su vida podía estar en vivir y caminar solo por los lugares por donde vivió y caminó Jesús, especialmente por Jerusalén. Durante muchos años, quizás más de los que podemos pensar, el fundador de los jesuitas pensó en vivir de manera individual y personal, pensó que podía alcanzar la felicidad viviendo sin una referencia grupal, sin una referencia al nosotros. Pues bien, el cambio que experimenta en su vida, y que se refleja más durante su estancia en París, fue un cambio definitivo, pues a partir de entonces Ignacio solo se podía entender en cuanto persona remitida a los demás, en cuanto persona en relaciones de generosa y sincera reciprocidad, en cuanto ser con otros, con un nosotros.

Al referirme al comienzo de mi intervención a la pandemia que nos ha asolado y todavía hoy nos asola, he mencionado brevemente a vuestros compañeros intervinientes en estos actos de graduación de junio-julio de 2021 y a todos vosotros por el testimonio que nos habéis dado en Comillas durante vuestros años de estudio y especialmente en estos largos y decisivos 16 últimos meses de vida. Vuelvo la mirada de nuevo a todos los que hoy os graduáis y de manera especial a los que están pronunciando estos días los discursos de graduación para conectar las tres características mencionadas de la conversión de San Ignacio con vosotros y con los años que habéis pasado en Comillas.

Comienzo con la relación conversión – frustración. La referencia a la pandemia como tiempo de adversidad, frustración, incertidumbre está muy presente en los discursos que escuchamos estos días de graduación. Como acabamos de recordar, San Ignacio vivió también su frustración y adversidad, que le ayudaron a entender mejor la densidad de la vida y su sentido más profundo. A vosotros la adversidad os ha preparado también

para entender mejor la vida, para vivirla con mayor sentido y plenitud, para adaptarnos a cualquier situación y responder en situaciones difíciles, para, recuerdo las palabras que os dirigía al comienzo de mi intervención, descubrir la inseguridad, la comunidad, la fragilidad, el valor de lo cotidiano, la finitud, el largo plazo y el afecto cotidiano. En palabras de uno de vuestros compañeros, no sois una generación perdida como la de 1920; no, y gracias a lo que habéis recibido en Comillas y en vuestros hogares, salís reforzados de esta adversidad y fracaso para ofrecer a la sociedad vuestra competencia y profesionalidad, vuestro liderazgo y vuestro rico potencial emprendedor y transformador.

Recuerdo ahora la tercera dimensión de la conversión: el paso del yo al nosotros. Al igual que san Ignacio vivió en profundidad ese paso, también vosotros habéis experimentado un cambio similar en vuestras vidas durante los años que habéis estudiado con nosotros. Son vuestras estas palabras: En Comillas hemos aprendido a ir más allá de lo académico y a construir el nosotros; el de nuestra autenticidad, motivación y nuestros valores. Aquí hemos aprendido a trabajar juntos para llegar más lejos. También son vuestras estas frases: somos una promoción de valientes, de personas que nos hemos apoyado y acompañado mucho y bien. ¡Somos un nosotros! El nosotros, afirmáis, nos puede hacer trabajar por un mundo más solidario, sostenible e innovador.

En tercer lugar, la importancia del discernimiento en la conversión de San Ignacio. Os decía hace unos minutos que san Ignacio da una importancia grande a los posos que dejan en nosotros los pensamientos o movimientos que se dan en nuestra vida, pues es precisamente el acercamiento a esos posos el que permite que el discernimiento se realice de manera completa.

Pues bien, durante los años de estudio en Comillas y en los discursos que escuchamos estos días os referís de manera diversa y de modo constante al agradecimiento que tenéis con vuestros profesores, con el personal de administración y servicios y con otras personas que trabajan a diario en Comillas. Un agradecimiento que es expresión de esos posos que han dejado en vosotros los largos años pasados en nuestra universidad, en sus campus de Cantoblanco, Alberto Aguilera y Ciempozuelos. Un agradecimiento que expresa vuestra proximidad y acercamiento al discernimiento, y que os abre el camino a un horizonte por vosotros también conocido: el liderazgo. No puedo extenderme más y desarrollar la conexión discernimiento – liderazgo; sí, citar al respecto las palabras del rector de nuestra hermana universidad de Deusto, José María Guibert SJ: «una de las principales características de la persona líder tiene que ver con uno de los conceptos en los que insiste la espiritualidad ignaciana: la capacidad personal de discernimiento» (*Liderazgo basado en la amistad. Cincuenta recomendaciones ignacianas*, 102).

La mención a vuestro agradecimiento por lo recibido de las personas que trabajan a diario en Comillas y sostienen nuestra universidad me abre la puerta a pronunciar una palabra más en mi discurso de estas graduaciones: gracias. Gracias a todos los que habéis hecho posible durante estos años académicos, y especialmente durante el tiempo de la pandemia, que nuestros estudiantes hayan alcanzado las competencias que tanto les capacitan para entrar pronto en el mercado laboral. Ellos han dicho de vosotros, en particular de los profesores, a) que les habéis transmitido una formación integral en competencias, habilidades, valores, y un claro mensaje de que el esfuerzo y la motivación ayudan a conseguir resultados en la vida; b) que les habéis ayudado a entender muchos problemas de la vida; c) que os habéis entrega-

do a ellos dentro y fuera del aula con esfuerzo y dedicación. Gracias, pues, a todo el personal de Comillas y muy especialmente a los profesores de nuestras siete facultades o escuelas. Gracias porque, tomo palabras de nuestra profesora Isabel Muñoz San Roque, «habéis sido eficaces para aprender con vuestros alumnos intercalando competencias didácticas y afectivo-relacionales en los primeros puestos de manera sucesiva, teniendo buena relación con los estudiantes, siendo competentes en vuestras materias, haciendo sentirse capaces a los alumnos, siendo claros en vuestras explicaciones, mostrándoos amables y respetuosos con ellos» (“El perfil del profesor en el Espacio Europeo de Educación Superior (EEES)”, *Miscelánea Comillas* 64/2006, 39-62).

Gracias a vosotros, padres y madres y demás familia de nuestros graduados de hoy. Por vuestra confianza en esta centenaria institución que vive abierta a las necesidades de los jóvenes estudiantes de hoy en este mundo tan cambiante. Gracias por acompañar el proceso de aprendizaje de nuestros graduados y por completar lo que de Comillas han recibido.

*Gracias a padrino y alumno/s...*

Gracias a todas las personas de Comillas que con tanto desvelo, cariño y profesionalidad habéis preparado este acto tan importante para los que hoy estamos aquí.

Termino mis palabras con una última referencia a la conversión de San Ignacio; en concreto, a una cuarta dimensión, la que probablemente sucede en Loyola en 1521 cuando se encuentra convaleciente de la herida sufrida en Pamplona. En su casa natal Ignacio lee el *Vita Christi* Cartujano de Ludolfo de Sajonia, fraile dominico que moriría siendo monje cartujo. La lectura de este libro y de otro sobre santos son el medio principal por el que Ignacio se

convierte a una vida religiosa y cristiana. Una conversión a una persona, no a una idea: a Jesucristo muerto y resucitado, el que pasó haciendo el bien y vive entre nosotros. Una conversión que cambia radicalmente su vida y provoca en el santo de Loyola esta pregunta que le va a acompañar durante toda su existencia: ¿qué quieres de mí, Señor, para ser mejor seguidor tuyo? Una pregunta que podríamos traducir y entender así: Señor, ¿qué puedo hacer para entregar los talentos y competencias recibidas y colaborar en la transformación de nuestras sociedades, especialmente en el tiempo tan convulso que vivimos?

Queridos egresados. En Comillas os hemos ofrecido también programas y actividades para comprender y cultivar esta cuarta dimensión de la conversión ignaciana. Recordadlos siempre y revividlos allá donde estéis en los próximos meses y años, para que también vosotros podáis responder a la pregunta anterior. Será la mejor expresión de que sois nuestros queridos Alumni; será la mejor expresión de que estáis celebrando con la Compañía de Jesús el V centenario de la conversión de San Ignacio.

Muchas gracias.



**2021** | Universidad Pontificia Comillas